

EL JARDÍN SECRETO

Austral Intrépida

CAPÍTULO 1

No queda nadie

Cuando Mary Lennox fue a la mansión de Misselthwaite para vivir con su tío, todos decían que era la niña de aspecto más desagradable que jamás hubieran visto. Y así era: rostro afilado, cuerpo escuálido, cabellos apagados y lacios, y una agria expresión. Tenía el cabello de color amarillo, pero también su faz era de ese color, y se debía a que había nacido en la India y desde siempre había padecido una u otra enfermedad. Su padre había desempeñado un cargo oficial del Gobierno inglés; siempre había estado muy ocupado, y también había padecido distintas dolencias; su madre había sido una gran belleza a la que solo le gustaba ir a fiestas y divertirse con gente jovial. Nunca había querido tener una hija, de modo que cuando Mary nació se la entregó a un aya, a la cual se le dio a entender que, para complacer a la *mem-sahib*, es decir el ama, la niña tenía que estar fuera de su vista. Así pues, a Mary se la mantuvo apartada cuando era un bebé enfermizo, lloriqueante y feúcho, y también cuando se convirtió en una niñita igualmente enfermiza, llorona y quejosa. Mary no recordaba haber visto más

que los oscuros rostros de su aya y de los demás criados indios, y, como siempre la obedecían y cedían en todo —pues la *memsahib* se enfadaba si la oía llorar—, cuando cumplió seis años era el animalito más tiránico y egoísta que jamás hubiera existido. La joven institutriz inglesa que vino para enseñarle a leer y escribir dejó su puesto a los tres meses, tanto le desagradaba Mary; y las demás institutrices duraron incluso menos que ella. En definitiva, si Mary de verdad no hubiera querido leer libros, nunca habría aprendido.

Una mañana de calor agobiante, cuando Mary tenía unos nueve años, se despertó muy enojada; y se enojó aún más al comprobar que la sirvienta que estaba de pie a su lado no era su aya.

—¿Qué haces tú aquí? —le preguntó a la extraña—. No quiero que estés aquí conmigo. Que venga mi aya.

La mujer se sentía intimidada y, tartamudeando, le dijo que el aya no podía venir; Mary se encolerizó y se puso a propinar golpes y patadas a la sirvienta, la cual se asustó incluso más y volvió a decir que el aya no podía venir a ver a la señorita *sahib*.

Se respiraba algo misterioso aquella mañana. Nada se había hecho como solía hacerse y faltaban varios de los criados; y aquellos a los que Mary sí vio parecían escabullirse furtivamente o corrían de un lado para otro con el rostro ceniciento y atemorizado. Pero nadie decía nada, y el aya de Mary no venía. Al avanzar la mañana, la niña se vio sola, y terminó saliendo al jardín a jugar por su cuenta bajo un árbol junto al mirador. Jugaba a

construir un macizo de flores, colocando grandes hibiscos de color escarlata en pequeños montoncitos de tierra; pero a medida que lo hacía, su enojo iba aumentando y la niña musitaba para sí todo lo que pensaba decirle a Saidie, su aya, cuando regresara, hasta los insultos que iba a proferirle.

—¡Cochina! ¡Cerde! ¡Hija de cerdos! —decía, porque el peor insulto para un indio era que le llamaran cerdo.

Repetía aquellos insultos una y otra vez, rechinando los dientes, y entonces oyó a su madre salir al mirador acompañada de alguien. Era un hombre joven, de cabello claro, y los dos hablaban en voz baja y extraña. Mary ya conocía a ese hombre, parecía casi un niño; había oído que era un oficial muy joven recién llegado de Inglaterra. La niña se quedó mirándolo, pero más fijamente miró a su madre. Siempre hacía lo mismo cuando tenía ocasión de verla, porque la *memsahib* (Mary se refería a ella con ese nombre más que con ningún otro) era una mujer tan alta, bella y esbelta, y además tan bellamente ataviada. Sus cabellos eran como bucles de seda, además tenía una pequeña y delicada nariz que parecía desdeñarlo todo y grandes ojos risueños. Siempre iba vestida con atuendos delicados y livianos, y Mary decía que estaban «llenos de encaje». Aquella mañana parecía que hubiera más encaje que nunca, pero los ojos de su madre en absoluto sonreían; los tenía muy abiertos y asustados, alzándolos de manera suplicante hacia el rostro del agraciado y joven oficial.

—¿Tan grave es? ¿Lo es, lo es? —la oyó decir Mary.

—Lo es —respondió el joven con voz temblorosa—. Es muy grave, señora Lennox. Tendrían que haberse marchado ustedes a las montañas hace ya dos semanas.

La *memsahib* se retorció las manos.

—Ah, ya lo sé, ya lo sé —se lamentó—. Me quedé solo para poder ir a esa ridícula fiesta. ¡Qué necia fui!

En ese momento, de las chozas de los criados llegaron tan poderosos llantos que la señora Lennox le asió del brazo al joven, y Mary se echó a temblar de pies a cabeza. Aquellos llantos fueron haciéndose cada vez más violentos.

—¿Qué es eso? ¿Qué es? —dijo la señora Lennox, jadeante.

—Alguien ha muerto —contestó el joven oficial—. No me había dicho usted que se hubiera declarado entre sus criados.

—¡No lo sabía! —dijo la *memsahib*—. ¡Venga conmigo! ¡Vamos! —Y se dio la vuelta y entró corriendo en la casa.

Después sucedieron cosas terribles, y el misterio de aquella mañana le fue explicado a Mary. Se había declarado el cólera en su variante más nefasta, y la gente moría como moscas.

Esa misma noche, el aya había caído enferma; acababa de morir, y por eso se habían escuchado los llantos de los sirvientes en sus chozas. Antes de que terminara el día ya habían muerto otros tres sirvientes y varios habían huido aterrorizados. El pánico cundía en todas partes, y en todas las chozas había moribundos.

Durante la confusión y el espanto del segundo día,

Mary se escondió en su habitación, olvidada por todos. Nadie pensaba en ella, nadie la necesitaba, y sucedieron cosas extrañas de las que ella no sabía nada. Las horas fueron pasando, y Mary o lloraba o dormía. Lo único que sabía era que la gente estaba enferma y que se oían ruidos misteriosos y aterradores. En una ocasión entró en el comedor y lo halló vacío, aunque en la mesa aún quedaban restos de una comida sin terminar; parecía que, por algún motivo, los comensales hubieran tenido que abandonar el lugar súbitamente y a toda prisa hubieran empujado a un lado la mesa, las sillas y los platos. La niña comió algo de fruta y unas galletas, y como tenía sed se bebió una copa casi llena de vino que allí había. Tenía un sabor dulce, pero Mary no se dio cuenta de lo fuerte que era. Pronto notó un intenso sopor y regresó a su habitación, donde se encerró de nuevo, asustada por el llanto procedente de las chozas y por el ruido de pasos apresurados. El vino le produjo tal somnolencia que apenas podía mantener los ojos abiertos, así que se recostó en la cama y no se enteró de más por un buen rato.

Durante aquellas horas de sueño profundo sucedieron muchas cosas, pero no la despertaron ni los llantos ni el ruido que se producía al meter o sacar cosas de la vivienda.

Cuando despertó, se quedó recostada en la cama mirando la pared. En la casa reinaba la quietud; es más, nunca había habido tal silencio. No se oían voces ni pasos, y Mary pensó que tal vez todos se habían recuperado del cólera y que ya no había de qué preocuparse; se

preguntó quién cuidaría de ella ahora que había muerto su aya. Habría un aya nueva, se dijo, que quizá le contaría otros cuentos, porque estaba cansada de los cuentos de siempre. No le entraron ganas de llorar porque hubiera muerto su aya, pues no era una niña afectuosa y nunca se había preocupado por nadie. Lo que sí sintió fue miedo y enojo: el ruido y el ajetreo, y los gritos y los llantos por el cólera la habían asustado; y si se enfadó fue porque nadie parecía acordarse de que seguía viva; y es que todos estaban demasiado atemorizados como para pensar en una niña a la que nadie tenía ninguna simpatía. Parece ser que cuando uno está enfermo de cólera, se dijo, no se acuerda de nadie más que de sí mismo; pero cuando todos se repusieran de la enfermedad, siguió razonando, seguramente alguien se acordaría de ella e iría a buscarla.

Sin embargo, no vino nadie; y mientras la niña esperaba, la casa parecía cada vez más silenciosa. De pronto se oyó un crujido en la estera; era una pequeña culebra que se deslizaba por el suelo y observaba a la niña con ojos como gemas. Pero Mary no tenía miedo porque se trataba de una criatura inofensiva que parecía tener prisa por salir de allí. Mary vio cómo se escabullía por debajo de la puerta.

—Qué extraño y silencioso está todo —dijo—, ¡es como si en la casa no hubiera nadie más que la culebra y yo!

Al momento se oyeron pasos, primero en la finca y luego en el mirador. Eran pasos varoniles; varios hom-

bres entraron en la casa, hablando en voz baja. Nadie salió a recibirlos ni a hablar con ellos, y se les oía abrir puertas y mirar por las habitaciones.

—¡Qué desolación! —oyó que decía una de las voces—. ¡Una mujer tan hermosa, tan hermosa! Supongo que también la niña... Me dijeron que había una niña, aunque nadie llegó a verla nunca.

Mary estaba de pie en medio de su habitación cuando se abrió la puerta al cabo de unos minutos. Tenía un aspecto poco agraciado, de expresión desabrida, con el ceño fruncido porque había empezado a sentir hambre y a convencerse de que, vergonzosamente, se habían olvidado de ella. El primero que entró era un oficial muy alto al que en una ocasión había visto conversar con su padre. Parecía cansado y abatido, pero cuando la vio se sobresaltó de tal modo que casi dio un salto hacia atrás.

—¡Barney! —exclamó—. ¡Aquí hay una niña! ¡Una niña sola! ¡En un lugar como este! Dios mío, ¿quién es?

—Soy Mary Lennox —dijo la niña, irguiéndose muy tiesa. Le pareció que el hombre era muy maleducado al llamar a la casa de su padre «un lugar como este»—. Me quedé dormida —siguió diciendo— mientras todos los demás tenían el cólera, y ahora acabo de despertarme. ¿Por qué no viene nadie?

—¡Es la niña a la que nadie ha visto nunca! —exclamó el oficial volviéndose a sus compañeros—. ¡Pero si se han olvidado de ella!

—¿Y por qué se han olvidado de mí? —dijo Mary dando una patada en el suelo—. ¿Por qué no viene nadie?

El joven que se llamaba Barney la miró con mucha tristeza. A Mary incluso le pareció ver que pestañeaba para ahuyentar las lágrimas.

—¡Pobre criatura! —dijo—. Si no vienen es porque no queda nadie.

Y así fue como, de una extraña y súbita manera, Mary se enteró de que no tenía ni padre ni madre, de que ambos habían muerto y se los habían llevado de noche, de que los pocos criados que no habían perecido habían huido de la casa a toda prisa, y de que ninguno se había acordado de que existía la señorita *sahib*. Por eso, había un silencio tal; y era verdad, por tanto, que en la casa no había habido nadie más que ella misma y la pequeña culebra susurrante.

CAPÍTULO 2

Mary, la desavenida

A Mary le había gustado contemplar a su madre de lejos, pues le parecía tan hermosa; pero, como sabía tan poco de ella, apenas cabía esperar que la hubiera querido o añorado ahora que había muerto. En realidad, no la echaba de menos para nada, y como era una niña egoísta se dedicó a pensar en sí misma únicamente, como había hecho siempre. De haber tenido unos años más, Mary sin duda se habría angustiado mucho al sentirse sola en el mundo; sin embargo, como era de muy corta edad y siempre habían cuidado de ella, dio por supuesto que así sería siempre. Lo que quería saber era si viviría con personas que fueran agradables y corteses hacia ella y que le dejaran hacer todo lo que quisiera, como había sucedido con el aya y los demás criados indios.

Sabía que no iba a permanecer para siempre en la casa del clérigo inglés donde, al principio, la habían llevado. Mary no quería quedarse en aquella casa; el clérigo era muy humilde y tenía cinco hijos, de edades muy parecidas y que vestían con ropas raídas, siempre peleándose y quitándose los juguetes unos a otros. Mary detes-

taba el desorden de aquel hogar, y se mostró tan antipática que al cabo de un par de días ya nadie quería jugar con ella; además, le pusieron un mote que la enfureció.

El apodo se le ocurrió a Basil, un niño de insolentes ojos azules y nariz respingona al que Mary no podía sino aborrecer. Estaba jugando ella sola bajo un árbol, como el día en que se declaró el cólera, construyendo pequeños jardines con montoncitos de tierra entre los que trazaba senderos, y Basil se le acercó y se puso a mirarla. Poco a poco fue interesándose, y de pronto le hizo una sugerencia a Mary.

—¿Por qué no pones aquí unas cuantas piedrecitas, como si fuera una rocalla? —le dijo—. Ahí, en el medio. —Y se inclinó sobre ella para indicarle el lugar exacto.

—¡Vete! —dijo Mary—. ¡No quiero que se me acerque ningún chico! ¡Márchate!

Por un momento, Basil pareció enfadado, pero luego empezó a burlarse de ella, como acostumbraba a hacerlo de sus hermanas. Se puso a bailar alrededor de Mary y a hacer muecas, y a cantar y a reírse:

*Mary, Mary, la desavenida,
dime qué hay en tu jardín.
Pues caracolas y campanitas
y caléndulas sin fin.*

Basil entonó aquella canción hasta que los demás niños la oyeron y también se echaron a reír; y cuanto más se enfadaba Mary, más cantaban «Mary, Mary, la de-

savenida...»; y a partir de entonces, y durante el tiempo que Mary permaneció en aquella casa, la llamaron «Mary, la desavenida» cuando hablaban entre sí o cuando le dirigían la palabra.

—Van a enviarte de vuelta a casa —le dijo un día Basil—, a finales de esta semana. Y nos alegramos mucho.

—Yo también me alegro —le respondió Mary—. Pero ¿adónde voy a ir?

—¡Que no sabes adónde vas a ir! —dijo Basil con el desprecio propio de los siete años—. Pues a Inglaterra, claro. Allí vive nuestra abuela, y el año pasado mandaron a nuestra hermana Mabel con ella. Pero tú no vas a ir a casa de tu abuela; no tienes abuela. Vas a ir a casa de un tío tuyo, el señor Archibald Craven.

—No sé nada de él —contestó Mary con brusquedad.

—Ya sé que no sabes nada de él —le replicó Basil—. Las niñas nunca saben nada. Oí a mis padres hablar de él. Vive en una casa enorme y solitaria en mitad del campo, y nadie se le acerca, pues es un señor tan malhumorado que no lo permite; y aunque lo permitiera, nadie iría a verle... ¡Es jorobado y horrible!

—No te creo —dijo Mary, y le dio a Basil la espalda y se tapó los oídos porque ya no quería escuchar más.

Sin embargo, luego se puso a pensar mucho en lo que le había contado el niño, y cuando la señora Crawford, la esposa del clérigo, le dijo aquella misma noche que iba a zarpar rumbo a Inglaterra unos días después y que iría a vivir con su tío, el señor Archibald Craven, quien residía en la mansión de Misselthwaite, Mary se

mostró tan indiferente y tan poco interesada que no sabían qué pensar de ella. El clérigo y su esposa trataron de mostrarse afectuosos, pero cuando la señora Crawford intentó darle un beso a Mary, la niña miró hacia otro lado; y cuando recibió una cariñosa palmada en la espalda del señor Crawford, se mantuvo bien rígida.

—Es una niña tan poco agraciada —dijo luego con lástima la señora Crawford—. Y su madre, ¡qué hermosa era y qué exquisitos modales! Pero Mary es una criatura con tan poco encanto... Los niños la llaman «Mary, la desavenida», y aunque me parece una travesura, no puedo por menos que entender que le hayan puesto ese mote. Tal vez si su madre, con su agraciado rostro y sus exquisitos modales, hubiera estado más con ella, Mary podría haber aprendido a comportarse mejor. Ahora que la pobre ha muerto, da tristeza recordar que mucha gente ni siquiera sabía que tenía una hija. Tengo entendido que apenas la miraba. —La señora Crawford suspiró—. Cuando murió su aya, nadie pensó en ella en absoluto. ¡Hay que ver los sirvientes! Huyeron todos dejándola sola en esa casa vacía. El coronel McGrew casi se cayó del susto cuando abrió la puerta y se la encontró de pie en mitad de la sala de la vivienda.

Mary hizo la larga travesía hasta Inglaterra bajo el cuidado de la esposa de un oficial, que llevaba a sus hijos para que estudiaran en un internado; como estaba muy ocupada con su hijo y su hija, le complació mucho poder entregársela al llegar a Londres a la señora Medlock, el ama de llaves del señorío de Misselthwaite, a quien el se-

ñor Archibald Craven había enviado para que fuera a recoger a Mary. La señora Medlock era una mujer robusta, de mejillas sonrosadas y de penetrantes ojos negros, y llevaba un vestido de un morado intenso, un manto de seda negra con flecos azabache y un sombrero de bonete, negro con flores de terciopelo violeta muy tiesas que temblaban cuando la señora Medlock movía la cabeza. A Mary no le gustó aquella mujer en absoluto, lo cual no resultaba nada extraño, porque muy rara vez le gustaba alguien; además, era evidente que la señora Medlock tampoco tenía ninguna simpatía por la niña.

—¡Vaya! ¡Menuda carga más fea! —dijo—. Y nos habían hablado de lo hermosa que era su madre. Pues parece que no ha heredado nada de ella, ¿verdad, señora?

—Quizá mejore su aspecto cuando sea mayor —respondió la mujer del oficial compasivamente—. Si la tez no fuera de ese color cetrino y si la niña tuviera otra expresión..., en fin, tiene bonitas facciones. Pero, claro, los niños cambian tanto cuando se hacen mayores...

—Tendrá que cambiar una barbaridad —contestó la señora Medlock—. Y en Misselthwaite no hay nada para embellecer a los niños, en mi opinión.

Pensaban que Mary no podía oírlas porque estaba algo apartada de ellas, de pie junto a la ventana del hotel donde se habían hospedado. Estaba mirando los autobuses y taxis que pasaban y observaba a la gente, pero oyó perfectamente lo que dijeron, y le entró gran curiosidad por conocer a su tío y el lugar donde vivía. ¿Cómo era aquel lugar, y cómo sería él? ¿Era un jorobado? Nunca

en su vida había visto a un jorobado. Quizá no hubiera ninguno en la India.

Desde que Mary había empezado a vivir en casas ajenas, sin aya que la acompañara, se sentía sola y pensaba en cosas extrañas y desconocidas. Se preguntaba por qué nunca había pertenecido a nadie, ni siquiera cuando vivían sus padres, mientras que otros niños sí parecían pertenecer a sus progenitores; ¡si hasta daba la impresión de que nunca hubiera sido de verdad la hija de nadie! Había tenido criados, sí, y le habían dado de comer y la habían vestido, pero nadie le había prestado atención. Claro que Mary no entendía que esto se debiera a que era una niña antipática, pues por aquel entonces ni siquiera sabía que lo era; al contrario, a menudo se pensaba que los demás eran los antipáticos, y no comprendía que ella era precisamente así.

La señora Medlock le resultó la persona más antipática que jamás había visto, de rostro ordinario y rubicundo, con su llamativo y vulgar sombrero de bonete. Cuando al día siguiente emprendieron el viaje a Yorkshire, Mary recorrió el andén de la estación con la cabeza bien alta hasta que llegó a su vagón, y se mantuvo a la mayor distancia posible del ama de llaves; y es que no quería que diese la impresión de que era suya. Se habría enfadado mucho si alguien se hubiera pensado que era hija de la señora Medlock.

Pero a la señora Medlock no le incomodaban en modo alguno ni Mary ni sus reflexiones; al contrario, era una mujer que no soportaba «ninguna pamplina con los

niños», o por lo menos así habría contestado si alguien le hubiera preguntado al respecto. En realidad, no había querido ir a Londres a recibir a Mary, porque justo entonces estaba a punto de casarse su sobrina, la hija de su hermana Maria. Pero era el ama de llaves de Misselthwaite, y el suyo era un buen puesto, bien remunerado, y la única manera de conservarlo era cumpliendo al momento lo que le ordenaba el señor Archibald Craven; ni siquiera se atrevía a hacerle ninguna pregunta.

—El capitán Lennox y su esposa han fallecido a consecuencia del cólera —le había dicho el señor Craven sucintamente y con frialdad, como acostumbraba a comunicarle las cosas—. El capitán Lennox era el hermano de mi esposa, y yo tengo la custodia de la hija de ambos. La niña vendrá a vivir aquí, de modo que deberá ir usted a Londres a recogerla.

Así pues, la señora Medlock preparó un pequeño baúl con algo de ropa e hizo el viaje hasta la capital.

En el tren, Mary se sentó en un rincón del vagón, intranquila y tan poco agraciada. No tenía nada que leer ni que observar, y sobre el regazo se sujetaba las delgadas manos enfundadas en unos guantes negros. También era negro su vestido, lo que le hacía parecer más amarillenta que nunca, y sus claros cabellos lacios se escapaban desordenadamente de su sombrero de crepé, también de color negro.

«En mi vida he visto una niña tan echada a perder», dijo para sí la señora Medlock, pues era la primera vez que veía a una niña sentada sin hacer nada y totalmente

quieta; por fin, se cansó de mirarla y empezó a hablar con su voz firme y enérgica.

—Supongo que será mejor que te cuente algo del sitio donde vas a vivir —dijo—. ¿Sabes algo de cómo es tu tío?

—No —respondió Mary.

—¿Ni tu madre ni tu padre te contaron nunca nada de él?

—No —replicó Mary frunciendo el ceño, y lo hizo porque recordó que sus padres jamás le habían hablado de nada en particular. En realidad, nunca le habían contado nada.

—Mmmm —musitó la señora Medlock observando la extraña e indolente carita de la niña. Guardó silencio durante unos instantes, y luego prosiguió—: Supongo que será mejor que te explique algunas cosas y que te prepare, porque vas a ir a un lugar muy extraño.

Mary no dijo nada en absoluto, y a la señora Medlock le desconcertó esa aparente indiferencia; pero, tras aspirar profundamente, siguió hablando.

—Pues es un señorío enorme, aunque muy sombrío; y el señor Craven se enorgullece del lugar a su manera, lo que de por sí es más sombrío aún. La casa tiene una antigüedad de seiscientos años, y está en un extremo del páramo. Hay casi cien habitaciones, la mayoría de ellas cerradas con llave. Y hay cuadros y buenos muebles y otros objetos que llevan allí siglos; y hay un enorme parque que rodea la casa; y hay jardines y árboles, algunos con ramas que llegan hasta el suelo.

La señora Medlock se quedó callada y volvió a coger aire.

—Pero no hay nada más —terminó diciendo de manera abrupta.

A su pesar, Mary había empezado a escuchar a la señora Medlock. Lo que narraba no se parecía en nada a la India, y a ella todo lo nuevo le gustaba. Pero no tenía ninguna intención de mostrarse interesada en lo que estaban contándole, y esa era una de sus molestas y desagradables costumbres; de modo que se quedó muy quieta, sin decir nada.

—Bueno, ¿qué te parece el lugar? —dijo la señora Medlock.

—Nada —respondió Mary—. No sé nada de los lugares como ese del que me habla usted.

Esta respuesta hizo reír a la señora Medlock; fue una carcajada muy breve.

—¡Oye! —dijo—, pero si pareces una vieja. ¿No te interesa lo que te cuento?

—¡Qué más da si a mí me interesa o no! —dijo Mary.

—En eso tienes razón —expresó la señora Medlock—. Qué más da. No sé para qué van a tenerte en Misselthwaite, a menos que sea la solución más fácil. Él no va a preocuparse, eso es seguro, porque nunca se preocupa por nadie.

Dejó de hablar, como si acabara de recordar algo justo a tiempo.

—Tiene la espalda jorobada —dijo—. Eso es lo que

lo trastornó. De joven, era una persona muy amargada y no aprovechó ni el dinero que tenía ni esa enorme mansión, hasta el día en que se casó.

Mary miró entonces a la señora Medlock, pese a que se había propuesto aparentar que todo aquello no le interesaba. Nunca se le había ocurrido que un jorobado pudiera casarse, y se quedó algo sorprendida. La señora Medlock se percató de esta reacción y, como era muy habladora, prosiguió con su narración con más ahínco aún. Era, en realidad, una manera de pasar el rato.

—Ella era encantadora, y muy bella. El señor Craven habría recorrido el mundo entero para darle lo que hubiera querido. Nadie se pensó que se casaría con él, pero lo hizo; la gente decía que se casaba por dinero. Pero no era cierto, no lo era, de verdad. Cuando murió...

Mary se sobresaltó.

—Ah, ¿se murió? —exclamó sin querer. Acababa de recordar un cuento de hadas de un autor francés que había leído y que se llamaba «Riquet à la houppe», donde se contaba la historia de un pobre jorobado y de una hermosa princesa, y de pronto sintió gran lástima por el señor Archibald Craven.

—Sí, se murió —contestó la señora Medlock—. Y su muerte amargó aún más al señor Craven. No se interesa por nadie, a nadie quiere ver; la mayor parte del tiempo está ausente de la mansión, y cuando viene a Misselthwaite se encierra en el ala oeste y no permite que le vea más que Pitcher, un sirviente ya mayor que le cuidó de pequeño y que le conoce bien.

Aquella historia parecía sacada de un libro, y de ningún modo le levantó los ánimos a Mary. Al contrario, a la niña le pareció muy sombrío aquel caserón de cien habitaciones, casi todas cerradas con llave, situado en el extremo de un páramo (fuera lo que fuese un páramo...). Y, además, ¡un jorobado que se encerraba en su mansión! Mary miró por la ventanilla con los labios bien prietos, y le pareció lo más natural que la lluvia hubiera empezado a caer al sesgo en líneas grises, y a salpicar el cristal y a recorrerlo de arriba abajo. Si hubiera vivido la bella esposa del señor Craven y, se dijo Mary, se hubiera parecido a su propia madre, tal vez las cosas habrían sido más alegres, pues se habría dedicado a entrar y a salir, y a ir a fiestas con vestidos «llenos de encaje»; pero la señora Craven ya no vivía...

—No pienses que vas a ver al señor Craven; te apuesto diez a uno a que no lo verás —dijo la señora Medlock—. Y tampoco vayas a pensarte que tendrás con quien conversar. Deberás jugar tú sola y cuidarte tú sola. Se te dirá en qué aposentos puedes entrar y en cuáles no. Y si quieres espacio, ya tienes los jardines. Pero cuando estés en la casa, no merodees por ningún sitio ni te pongas a husmear. El señor Craven no lo tolerará de ningún modo.

—No voy a husmear nada —dijo Mary con aspereza; y tan pronto como había empezado a sentir pena por el señor Archibald Craven dejó de sentirla y comenzó a pensar que su tío se merecía todo lo que le había sucedido por ser una persona tan enojosa.

Entonces volvió el rostro hacia la ventanilla del vagón por la que corría la lluvia y contempló el temporal grisáceo que parecía que no fuese a amainar nunca. Lo observó durante tanto tiempo y tan fijamente que aquel gris se fue espesando ante sus ojos y se quedó dormida.